



El inconfundible trazo de Hugo Díaz en otro de los dibujos para el libro de Carmen Lyra. CORTESÍA DE LA EDITORIAL LEGADO.

DE CÓMO TÍO CONEJO se la hizo al pato Donald

POR JAIME GAMBOA,
músico y escritor

Conoció a tío Conejo metido entre las cobijas, con el aroma de la leche caliente aún en el aire de la habitación que compartía con mis hermanos.

Papá y mamá habían establecido el ritual de lectura desde antes de tenernos.

militante, capaz de incendiar el diario de un tirano, pero a la vez capaz de plasmar con ternura el canto de la flautilla clamando venganza en *La flor del olivar*.

También es claro que, al jugar de locales, los personajes de sus cuentos llevaban ventaja. Ningún Gran Visir de *Las mil y una noches*, ningún personaje de Verne, y ni siquiera la seductora y omnipresente simpática de Mickey, Goofy y Donald pudieron rivalizar jamás con un buen "¡Adió!", dicho en el tono y el momento adecuado, o con la satírica inocencia de Uvieta

establecido el ritual de lectura desde antes de tener yo memoria. Apenas nos metíamos en la cama, nos leían un cuento o un capítulo de alguna novela emocionante. Los tigres de Salgari se disputaban nuestra atención con las excentricidades del capitán Nemo, y no pocas veces, entre las hazañas de los héroes y bilanes, asomaban las orejillas de tío Conejo y se robaban el show.

La competencia entre los relatos era implacable. Para ganarse un lugar entre los elegidos para la lectura nocturna, *El tonto de las adivinanzas* y *La Cucarachita Mandinga* hacían frente común para luchar cuerpo a cuerpo con la recua de yacarés rebeldes de *El paso del Yabebiri*, de Horacio Quiroga, o apañarse a competir con la sutileza de *El Principito*.

Recuerdo las voces de papá y mamá cálidas y vibrantes, a veces reposadas y a veces poseídas por los vaivenes de la narración; desoladas por la tristeza después de leernos por décima vez *El gigante egoísta*, de Oscar Wilde, o coloreadas por los dichos y expresiones populares de los personajes de los *Cuentos de mi tía Parichita*.

Debo decir, en honor a la verdad, que muy probablemente papá y mamá le hacían la fuerza a las huestes de su amada Carmen Lyra, la mítica figurilla, la maestra valiente y

la satírica inocencia de Uviera pidiendo a gritos que le abrieran las puertas del infierno con un "¡Ave María Purísima!"

No es que no soñáramos, como casi todos los niños del mundo, con ir alguna vez a Disneylandia. Es que, en nuestra imaginación, el germet subversivo de tío Conejo había sembrado una semilla que nos marcaría para siempre.

"La competencia entre los relatos era implacable. Para ganarse un lugar entre los elegidos para la lectura nocturna, *El tonto de las adivinanzas* y *La Cucarachita Mandinga* hacían frente común para luchar cuerpo a cuerpo con la recua de yacarés rebeldes de *El paso del Yabebiri*, de Horacio Quiroga, o apañarse a competir con la sutileza de *El Principito*".

Jaime Gamboa, escritor